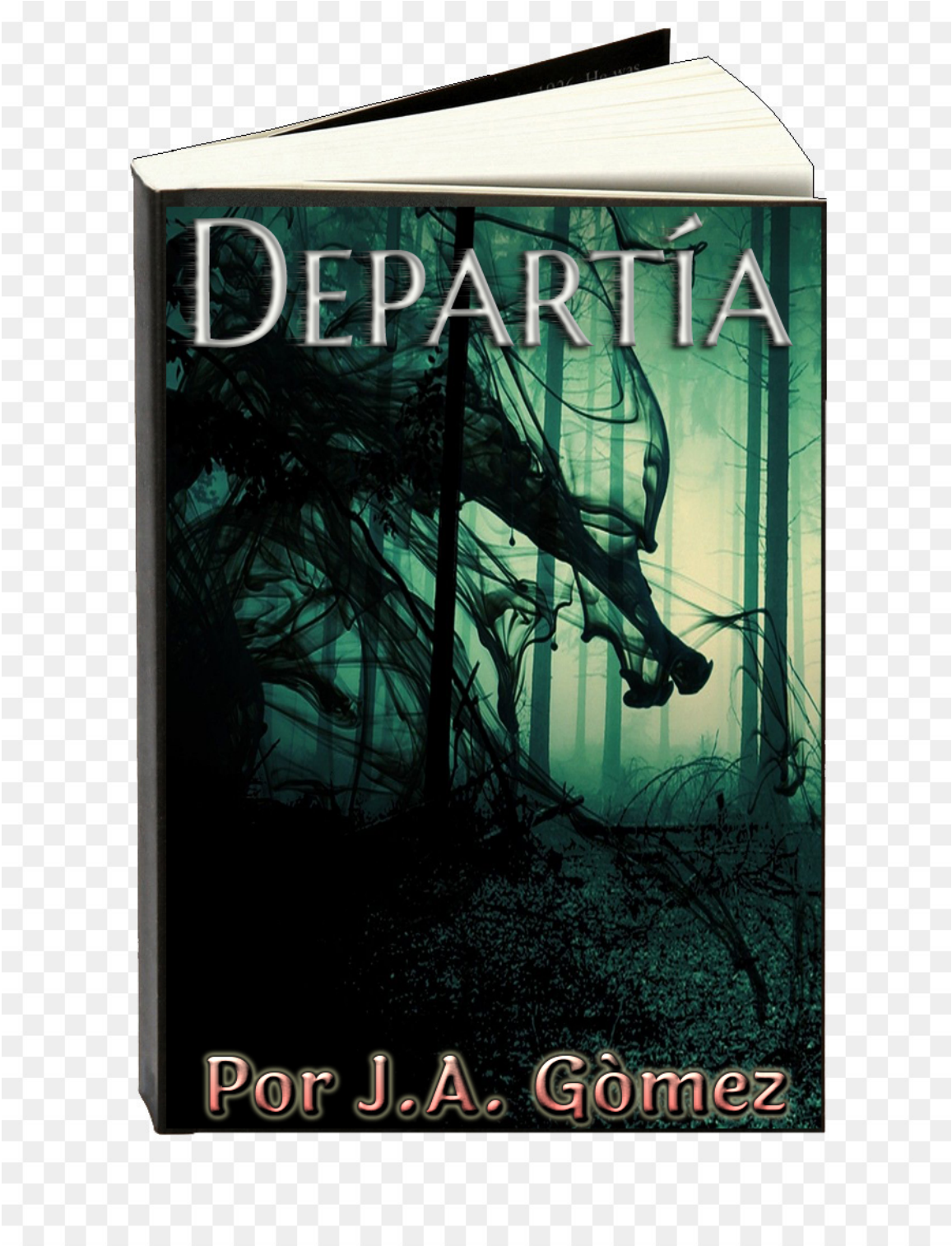
Departía

J. A. Gómez



Capítulo 1

El tiempo y su ciclo de intervalos son cuan penachos de una misma ola que al romper sobre el salvaje acantilado nos regala veleidosa espuma, agreste y saltarina. Obsequio a fatigada vista de aquellos más ávidos de sensaciones distantes. Somos o quisiéramos serlo como alas de pájaro errante, múltiples plumas delineando formas que nunca daremos por propias.

Fuese pues más cierto ver en tales deseos algo irrealizable; lejanos cuan velero que rompe espesas nebulosas desperdigadas sobre el regazo del océano. Esto me sucede a mí y posiblemente a ti. Pobres siluetas esbozadas a vuelapluma, arrastrados sin rumbo cierto y perdidos ante la búsqueda de cualquier final, por incierto que éste resulte.

Somos o quisiéramos ser sorpresa mayúscula, de ese tipo que se agacha tras pupilas reconocibles. Punto de encuentro donde siempre debimos haber rebuscado. Día a día en largas brazadas, círculos infinitos y finitos a la par girando sobre el mismo eje.

¡Ay! vivencias tomadas seriamente por más bellacas que hayan sido, de toda gracia desposeídas. Necios engreídos que vienen, despotrican y se van. Pasajes de la literatura universal, tiernas palabras libres de mala fe y sin embargo, antes o después, tenderán cortinas de humo.

Ahora que ya sé lo que eres y lo que puedo llegar a ser anhelo saber más sobre la condición carnal. Cocer y callar secretos regurgitados entre susurros, intangibles a otros oídos. Misterios mezclados entre agua y arena, compactándose. Conjuntos viscosos amasados con amplios excedentes de pleonasmos. Y sin quererlo, a Dios pongo por testigo, desprecié lo despreciable sin merecer tal desprecio. He que la consideré apátrida, fuera de toda posición, lugar y forma. Quizás fue una pataleta, tal vez no fue nada y seguramente todo lo opuesto...

Recibí tu bofetada a mano abierta, mano llena y soporté el llanto. Vino a través del aire tan cargada de realismo como aquel pellizco nocturno testigo de que había sido un sueño. Afortunadamente aquellas pesadillas transportadas en parihuelas se devoraron enérgicamente. Tal vez sin reconocerme, puede que ni yo mismo sea quién de hacerlo. Hombre bala, incólume, jugando al peligro sin red.

Nuevamente mis cavilaciones dándose una vuelta por el extrarradio, girando roscas ciegas y buscando entre guijarros aquel más puntiagudo para alcanzar la salvación a través del dolor. Levanta los brazos e intentar alcanzar las nubes sobre aquel cielo pintado de azul. Y es que hasta en la negrura más absoluta también pueden desatarse matices lumínicos. Esa repetida conclusión aporta cierta paz interior y exterior. Parezco

rejuvenecer, sentirme más vivo y consecuentemente el corazón henchido multiplicóse por dos, por tres, quizás hasta por cuatro.

Me vi golpeando las puertas de la soledad y nadie abrió. ¿Lo recuerdas? Quizás después de todo ya estuviese dentro. Supliqué piedad, por mí y por ti. Arrodillado ante aquello superior de oídos tupidos y razón quebrada. Recé nuestras oraciones más sentidas e incluso aquellas más prohibidas empero ¡No!; hablar con interlocutor necio, sordo y ciego antojase infructuoso. Por ende tu corazón menguó por dos, por tres, quizás hasta por cuatro.

Pensamientos y razonamientos que vienen y van, dejándome sabor agrio, paladar amargo, entrecejo fruncido. Observo en la lejanía ese velero de nombre esbozado a grosso modo. Se va empujado por el viento estelar y mis deseos allá se van, enganchados al ancha. En proa todo está por hacerse, en popa todo queda hecho.

¡Capitán al timón!, saludando a los presentes con brazo en alto. Ademanes repetitivos embaucados por el humo de aquella pipa pegada a sus labios. El viento acaricia las velas de tal manera que parece pintar sobre ellas murales de grandes hazañas marítimas. Más pronto que tarde del navío sólo queda su recuerdo clavado en las retinas y una caprichosa línea descolorida sobre la mar tranquila.

En el cielo cien gaviotas revolotean impacientes. Nubes blancas cuan palo de azúcar, personas conocidas y anónimas en el espigón, adioses dichosos, algunas lágrimas zarandeando los ojos y después hasta pronto. Hora de regresar al quehacer mundanal, tiempo que no regresará, se marchará corriendo, tan veloz que los años nos vestirán con frías mortajas.

Ligeras gotas de lluvia chapoteando en la costa y en el mar. Seguramente tú, día que necesitas romper a llorar, avisando has dado aviso de aquello por llegar. Yo lo sé. Ingrato, huidizo y fugitivo sol oculto tras pertrechados nubarrones color apagado. De destellar mis ojos encenderías y mi piel tostarías, gustosas ambas; mas ahí continuas, agazapado bajo oraciones sin conjura...

Quizás toca bajar telón para erguirse otro nuevo, sin pretensiones y sin máscaras que oculten dolor bajo ellas.

Noches oscuras sin luna y luna oscura perdida en la noche. El mismo telón que sin duda lleva a cerrar cualquier divagar de ideas, sin acritud, por un pelo buscado.

Dejo la cortina en su sitio y me aparto de la ventana. Afuera toda vida indómita, salvaje por veces, esquiva y fría. Dentro, recámara de soledad para solitarios jinetes sin montura. En misma medida ansiada calma,

¿fugaz?; ¡paz!, juicio, derecho a saber que esa línea sigue y seguirá separando agua y aceite, aceite y agua.

¿Qué observo? Me lo pregunto muchas veces y siempre doy con la misma respuesta: ¡No lo sé!.

Nada concreto y concretamente el conjunto entero. Tal vez alguna, dada por buena, manera de analizar hechos a vista de pájaro. Ahora águila planeando sobre las alturas y ahora errática paloma pero siempre dos piernas y dos brazos atándome a tierra: ¡desplumado!.

Yo, tú, escudriñando sensaciones reposadas en el fondo del alambique. Otorgándole a dos mentes la facultad de girar cuan noria desengrasada. Círculos sobre círculos, girando sin desplazarse del sitio. A lo mejor a base de tanto girar termine por comprender por qué las cosas son como son y no de otra manera.

Tomado estoy, sin lugar a dudas, por tan acuciante falta de fe en mis principios más básicos, no hablemos de aquellos más complejos. Si camino no me detengo y si me detengo no camino. ¡Qué lucha titánica, tirando al mismo tiempo de ambos extremos de la cuerda!.

Dudas acechando en la noche de zarpas y garras; dudas espantando espíritus al asomarse la mañana por la ventana. Empero ciertamente sueños y desvelos; perdidos en islas imaginarias.

¿Qué razón o sinrazón hay para tanta cuestión hueca? ¿Por qué las truchas luchan contracorriente si tras desovar morirán? ¿Por qué hablar puede validarse en plata y guardar silencio en oro?.

Incógnitas dispares y dispersas, en conjunto mezcladas en viales sin etiquetar. Cualquier ensayo sea dado por exitoso; mis cansados hombros podrán soportar que tal hecho no sea así...

Debo desellar mis labios sólo cuando tenga algo que una vez dicho merezca la pena haber sido dicho. De lo contrario pronto, muy pronto perderá sentido el uso del lenguaje.

Almas ufanas, ignominioso dolor, sin parecido razonable. Almas atrapadas en alambradas de espino forjadas por mentiras y engaños. Adiós al siglo de oro, a labios agrietados sin besos, a manos cremosas buscando otro par. Adiós a tus pupilas pegadas a las mías, a bailes de ritmo lento. Hola, sí, hola almas embarradas en estrofas atrofiadas. Buscando utopías, desgarbado silencio de nuestras bocas y sin poder luchar contra ello... intercambio de fluidos, corroyendo nuestra carne.

Sea pues que cada cuál interpreta la música de los cielos a su manera y como individuo corpóreo cuidaré de mi conciencia antes que de mi

reputación. ¡Tienen mi palabra de caballero!.

No obstante cuanto más sé más dudo de lo recopilado a través de siglos de aprendizaje. He alcanzado cierto postulado pendiente de validación. ¡Mírame! Puedo amar sin corazón, besar sin labios, tocar sin manos y propinar descargas eléctricas sólo con mirarte ¿y tú?... ¿puedes tú?.

Aquel velero que desde mi ventana vi zarpar, alejándose hacia aguas abiertas, ya no está. ¡Timonel!, ¡ojo! Recuerde: “donde hay poca justicia es grave tener razón”.